

<http://apologetica.org>

El Sacrificio de la Misa: ¿qué enseña la Escritura?

Reflexiones bíblicas sobre el misterio de la Eucaristía.

Steve Ray / Tradujo Juan Francisco Cañones, España

continuación

La Misa: ¿un nuevo sacrificio?

¿Qué significan las palabras “*la completa realidad del sacrificio de la Cruz*”? Si queremos comprenderlas hay dos opiniones extremas que debemos eliminar. Una va demasiado lejos, la otra se queda corta. La primera podría argumentar así: el tiempo y el espacio han sido abolidos en el misterio de la Eucaristía; lo que yo hago presente en la Misa es la pasión, la muerte y además la resurrección de Cristo. Esta explicación es absolutamente imposible. El tiempo no es como el espacio. Lo que ha pasado no existe de modo muy prolongado en la forma dominada por el tiempo que abarcan los hechos históricos de la pasión y de la muerte. La coexistencia entre el ayer y el hoy no es posible. Por el contrario, el cuerpo glorificado de Cristo está ausente DE y, sin embargo, coexiste CON nosotros. Nosotros existimos al mismo tiempo, el mismo momento en la duración. Hacerlo presente no es devolverle el ser que ya no tiene, es poner su ser donde pueda entrar en contacto con nosotros. De ningún modo, entonces, está Cristo presente en el altar como sangrante y muerto, sino de acuerdo con su estado presente como triunfador sobre la muerte.

Otros dicen que lo que es más importante en el sacrificio de la Cruz es el sacrificio interior, el estado completamente espiritual e inmanente de oblación en el que se sumió su alma. La oblación interior de Jesús no ha dejado de existir, continúa en el cielo y ello es expresado de un modo particularmente sorprendente y visible por el don de sí mismo en la Eucaristía. Pero esta explicación de los hechos no ve con suficiente claridad que el sacrificio de la Eucaristía es el sacrificio de la Cruz. Podría parecer que hay, de acuerdo con este punto de vista, dos “momentos” del único sacrificio, el “momento” eucarístico en tanto que mero signo y conmemoración del “momento” histórico y al mismo tiempo como una nueva exteriorización y encarnación de la disposición interior de Jesús.

Debemos ir todavía más lejos y defender esta idea de *permanencia* en la primera

explicación que está ausente en la segunda. Sólo tenemos que recordar la idea de la permanencia del sacrificio de la Cruz en sí mismo. No es sólo el estado del alma de Cristo en oblación lo que permanece, es también lo que él ofrece, su naturaleza humana inmolada pero victoriosa sobre el sufrimiento y la muerte, revestida con los méritos que posee como fruto permanente de su sacrificio. Lo que ha pasado sirve a lo que permanece: el sufrimiento de Cristo y su muerte, que son hechos que han pasado, está al servicio de ese estado de víctima que es continuamente agradable a Dios. Cristo es eternamente aquel que muere por nosotros y se ofrece a sí mismo como tal. El sacerdote, cuando consagra el pan y el vino, lo hace presente para nosotros en este mismo estado, o, más acertadamente, Cristo mismo, a través de la mediación del sacerdote, se hace a sí mismo presente como tal, como la víctima, triunfadora de la muerte, que está como ascendiendo de la muerte por nuestra causa.

Esto es lo que el Concilio de Trento significa mediante las palabras: es el mismo sacrificio porque es el mismo sacerdote, la misma víctima, ofrecida de otro modo. En la Misa, el mismo sacrificio es ofrecido de un modo simbólico y sacramental. La Misa es el sacramento del sacrificio de la Cruz, en todo aquello que el sacrificio de la Cruz tiene de perdurable. Esta es la razón por la que el Concilio nos hace la aclaración de que la Misa posee todas las cualidades del sacrificio de la Cruz y aplica sus frutos a nosotros. Como hemos dicho, la fuerza del sacrificio de la Cruz está en el poder con que, a los ojos de Dios, está revestido Cristo. Cristo está contenido en la Eucaristía como ejerciendo este poder y aplicándolo aquí y ahora a aquellos que comparten la Eucaristía. No hay, por tanto, exageración en afirmar que la Eucaristía es el sacrificio de la Cruz hecho presente una vez más. La idea de renovación que esta expresión implica es, sin embargo, no del todo exacta. En este punto estamos abordando una presencia, actual y activa, de la víctima que está siempre sacrificándose y esto es lo que Cristo es hasta el final de los tiempos. Cuando decimos al creyente: "Debes asistir a Misa como si estuvieras presenciando el sacrificio de la Cruz", estaríamos exagerando si quisiéramos decir con ello que el creyente debe sentir compasión de Cristo como si estuviera sufriendo aquí y ahora. No exageramos si decimos que ellos deben participar de la ofrenda que Cristo hace de sí mismo en nuestro nombre, una ofrenda que, en el pasado, fue dolorosa y sangrienta y, porque fue así, retiene toda su virtud en el presente.

La Misa, por consiguiente, **no es un nuevo sacrificio**, es decir, no añade nada nuevo al de la Cruz en el plano sacrificial. No pone delante de Dios ningún nuevo acto de propiciación y de expiación, y por lo tanto no le proporciona ninguna nueva razón para conceder gracia a la humanidad. Es la misma víctima la que está presente en ese estado siempre activo, conferido a ella por su inmolación seguida de la resurrección. Este estado eucarístico no añade nuevo valor en el orden del sacrificio. La Misa es un sacrificio solamente por su relación con el sacrificio de la Cruz.

Sin embargo, cada Misa **es un verdadero sacrificio**. Cada consagración es un acto sacrificial, aunque en el orden sacramental, es decir, en tanto significa y contiene el acto del sacrificio eterno e invisible del que es el signo sensible. Hay, como sabemos, tantas presencias de Cristo como hostias consagradas. Pero hay solamente un único Cristo presente en todas ellas. Esto es lo que San Pablo afirma, aun cuando todos nosotros

hemos separado los panes individuales en cada parroquia, estamos todos recibiendo un *único* pan. De modo similar, hay muchas ofrendas sacrificiales, tantas como Misas se dicen, pero hay *un solo sacrificio de Cristo*, que está expresado en todos esos sacrificios. Hay muchos sacrificios que están referidos a un solo sacrificio absoluto y que adquieren cada uno su carácter sacrificial sólo en virtud de esta relación.

Nos ayudaría comprender esto si siempre tuviéramos en mente que hay *un Autor principal* de la multitud de consagraciones eucarísticas, *un solo sacerdote* verdadero e invisible, representado por la multitud de sacerdotes en las Misas: es Cristo en la gloria, el sacerdote eterno.

Y no deberíamos creer que la Nueva Alianza abolió el sacerdocio. En el Antiguo Testamento hubo tres niveles de sacerdocio: el *Sumo Sacerdote* (Aarón y sus sucesores), los *Levitas* como sacerdotes ministeriales, y luego *todo el pueblo de Dios* como sacerdocio universal (Ex 19:6: *“Seréis para Mí un reino de sacerdotes y una nación santa.” Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel*). Vemos tres niveles de sacerdocio: Sumo Sacerdote (sólo uno), sacerdocio ministerial (el de todos los Levitas) y el sacerdocio universal (todo el pueblo de Dios). ¡Es lo mismo hoy! Tenemos tres niveles: un Sumo Sacerdote (Jesucristo), sacerdotes ministeriales (los apóstoles y sus sucesores, los obispos y sacerdotes), y el pueblo de Dios (una nación de sacerdotes). Hay una maravillosa continuidad.

¿Qué aporta de nuevo la celebración de la Misa?

Volvamos a la Misa. ¿Qué hay de nuevo entonces en la Misa, diferente de la única Crucifixión? ¿Qué añade el sacrificio eucarístico al sacrificio de la Cruz perpetuado en la persona de Cristo glorificado? Para usar una terminología más técnica, ¿qué añade el “sacramento” a la “realidad” que hace presente?

Lo primero y principal, añade el hecho de hacernos presente esta realidad, de insertar el sacrificio trascendente de Cristo en nuestro tiempo humano del que él sale por su resurrección. La eternidad asoma en nuestro tiempo, o bien nosotros somos elevados, transportados al cielo para compartir la liturgia revelada en el libro del Apocalipsis. Cualquiera de las dos perspectivas es la misma; somos introducidos en un suceso eterno, una liturgia celestial, un servicio de adoración cósmica. No debemos olvidar que la salvación de cada hombre se logra durante el tiempo de su vida terrena mediante el “contacto”, a través del encuentro con su Salvador. Este encuentro personal, esta respuesta de cada uno de nosotros a Dios, que toma nuestra carne y nos da su vida, es puesto en primer plano y de modo esencial por medio de la fe, una fe que es también una aceptación. El objeto de esta fe que salva y justifica es Cristo en el acto verdadero por el que nos salva. *“La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gal 2:20). Tengo que apropiarme y hacer mío ese sacrificio redentor hecho por Cristo en mi nombre. Esta es la condición que

yo debo satisfacer si estoy verdaderamente dispuesto a recibir en mí mismo la salvación, el perdón de Dios, su amor y su gracia. La idea que subyace bajo la institución de los sacramentos es llevar a cabo este acto salvífico de Cristo de modo sensible, concreta y exteriormente presente. Me adhiero a esta presencia por la fe que toma posesión de su objeto y someto a mí mismo al acto todopoderoso por el que soy salvado. Cada sacramento es un acto invisible de Cristo en el alma y se fundamenta en el sacrificio de Cristo, del mismo modo que cada recepción provechosa de un sacramento está fundada en mi fe en el sacrificio de Cristo que murió por mí. En la Eucaristía, es el sacrificio mismo el que se hace actual y presente para mí. Toda su eficacia está puesta a mi disposición. Yo creo y yo recibo. La eficacia del sacrificio de Cristo es ofrecida a, y puesta a disposición de, cada hombre existente en esta esfera del tiempo en que cada sacrificio de Cristo es injertado.

Sólo la Eucaristía da a Cristo esta existencia en nuestro tiempo humano. Su muerte y su resurrección lo apartan de ella. Sin el sacerdote, que le sirve como su instrumento y, en cierto sentido, como la prolongación de su humanidad (una continua encarnación, como, en cierto modo, es también el Cuerpo de Cristo, la Iglesia), Cristo podría ciertamente ofrecer su sacrificio, pero no desde esta tierra y en el tiempo terrestre. De modo similar, el Verbo no hubiera podido hacerse hombre y uno de nosotros sin la porción de carne que tomó de la Virgen María.

Estamos ahora en disposición de mostrar más al detalle qué hay de nuevo en el sacrificio de la Misa en comparación con el de la Cruz.

Mirémoslos individualmente.

1. Cada consagración implica una nueva y real intervención de Cristo, puesto que él es el sacerdote principal e invisible de la Misa. Es Él quien se ofrece a sí mismo y no -hablando con propiedad- el sacerdote que ofrece la hostia.
2. Esta intervención no es una nueva ofrenda en relación con la ofrenda que él perpetuamente hace de sí mismo y que es el verdadero estado de su ser glorioso. Se trata de una aplicación de Su eterna ofrenda, su inserción en un punto dado en el espacio y en el tiempo.
3. El sacrificio de la Misa, por lo tanto, no adquiere con su ofrenda sacramental ningún mérito nuevo, ninguna eficacia nueva, ningún nuevo valor de sacrificio, sino una nueva *aplicación* de su eficacia. La Misa aplica la eficacia del sacrificio de la Cruz a un momento dado del tiempo y al hombre que vive en el tiempo.
4. El sacrificio de la Cruz, por tomar esta forma sacramental, ha añadido esto: se ofrece a través de la Iglesia, es decir, por medio de los hombres. Cristo Sacerdote actúa aquí por medio de un instrumento al que el poder de su sacerdocio pasa y da vida a las palabras y a los gestos humanos visibles. Y debido precisamente al uso de este instrumento el sacrificio limita no su valor intrínseco sino su alcance efectivo. Tiene a la vista los objetivos de la Iglesia aquí presente, de los sacerdotes y de los fieles de la feligresía, y sale al encuentro de su fe. A primera vista esto parecería limitar el horizonte del sacrificio de Cristo, pero de hecho lo perfecciona, no en el sentido de que lo haga más perfecto en sí mismo, sino en cuanto amplía

su radio de acción en lo humano. Es decir: la Misa hace posible que el sacrificio de Cristo sea ahora ofrecido también por los hombres a Dios *en y por medio de* su Cabeza y Sacerdote soberano, Cristo el Señor.

5. De modo similar, la víctima del sacrificio de la Misa asume todas nuestras ofrendas personales. Es uno de los principios esenciales de la Alianza de Redención (y podemos llamarlo el principio de la Co-redención) que los hombres, lejos de ser dispensados por el sacrificio de Cristo de ofrecerse ellos mismos en sacrificio, se hacen más capaces por ello de hacerlo así. Las víctimas imperfectas que nosotros somos alcanzan valor por su unión con la víctima perfecta. Ofreciéndose a sí mismo por mediación de los hombres, Cristo ofrece a los propios hombres con él. Esto está admirablemente expresado mediante la liturgia del ofertorio. El pan y el vino tomados de la Creación son el símbolo de aquello que los hombres han recibido de Dios, de todos sus bienes, de su verdadero ser. La transubstanciación del pan y del vino en el ser verdadero de Jesucristo expresa perfectamente el hecho de que Jesucristo asume por completo lo que tenemos y lo que somos. Tras la Consagración, ya no ofrecemos a Dios nuestras ofrendas, sino a Cristo en nosotros. Sólo Dios que se hace hombre podía traer a la existencia la víctima perfecta, pero al encarnarse incorpora a sí todo lo humano, y hace que toda la Iglesia sea su cuerpo y como una extensión de sí mismo.
6. Finalmente, el sacrificio de Cristo, haciéndose eucarístico, realiza más plenamente la idea del sacrificio, como hemos explicado. Cuando muere en la Cruz, Cristo reúne ciertamente a toda la comunidad de los hombres en Él mismo. Él ofició de sacerdote y ofreció su sacrificio. Esta víctima fue visible, objetiva, externa. Tampoco faltó un único simbolismo de sin igual eficacia, en tanto en cuanto la "clase de muerte" que él escogió, levantándolo como hizo con los brazos extendidos, significa genuinamente la total entrega de una víctima obediente y sumisa, su ofrenda a Dios y su don a los hombres. Sin embargo, la misma realidad de esta inmolación cruenta no permitía que tuviese un carácter ritual. En la Cruz, Cristo fue la víctima visible, pero no fue *visiblemente* el sacerdote, puesto que sufrió pasivamente y los autores de su inmolación, lejos de realizar una ceremonia sagrada en nombre de todos nosotros, perpetraron un crimen odioso y sacrílego. El sacrificio de Cristo se convirtió en un hecho ceremonial sólo en su forma eucarística, permitiendo que la inmolación de Cristo este siempre realizándose, de acuerdo con el deseo de los hombres que viven en el tiempo y no pueden existir sino mediante la repetición de sus actos.

El sacrificio de Cristo no cesa de ser real, "comienza de nuevo" en las formas sagradas y litúrgicas, que son simbólicas. Fue Cristo mismo quien, antes del momento efectivo de su muerte, creó esta característica de su sacrificio, vinculándola a nuestra condición terrestre. Él ofreció su sacrificio ritualmente en la Última Cena antes de ofrecerlo de modo efectivo en la Cruz.

No debemos nunca olvidar que estamos hablando de un rito que contiene una realidad que es doble: por una parte la realidad de Cristo ofreciéndose a sí mismo, una víctima inmolada y glorificada; por otra parte la realidad de los hombres ofreciendo sus vidas reales y su ser real, su existencia cotidiana. Nuestra participación en el sacrificio

sacramental sería una hipocresía si consistiera sólo en formas y signos vacíos, si no supusiera la ofrenda auténtica de nuestras propias vidas en unión con Cristo, en las condiciones reales en que vivimos. La vida sacramental no es nunca autosuficiente, presupone nuestra vida real, tanto la de Cristo como la de los Cristianos. Presupone la vida real y el don de la vida hasta el día de nuestra muerte. Presupone y exige una gran fe.

Esto nos ayudará a comprender cómo la Misa es el sacrificio de toda la humanidad y cómo, por otra parte, es el sacrificio de la Iglesia en exclusiva, es decir, de la humanidad ya efectivamente redimida. Sólo los que creen pueden participar en ella, por ello sólo mediante la fe y la aceptación de la misma participamos en ella. Sólo mediante la ofrenda a Dios en Cristo de nuestros bienes terrenales tenemos parte en la víctima perfecta que es Cristo. Es *sólo la Iglesia*, por tanto, en sus miembros vivos, la que está unida a Cristo en el sacrificio eucarístico.

Pero este sacrificio intercede *por todo el mundo*. Ofrece la salvación al mundo entero. Esto significa que todo el mundo tal como es, todo lo que existe en la naturaleza humana, está en consecuencia abierto a recibir la gracia de Cristo, y está autorizado para apropiarse y aprovechar para sí de su muerte y resurrección.

Podemos resumir diciendo que el sacrificio de la Misa añade nuestra parte al sacrificio de la Cruz, que no adquiere, por ello, más valor o eficacia, sino un carácter más humano. Al explicar esto es habitual insistir en el hecho de que cada Misa es una nueva aplicación de la eficacia del sacrificio de la Cruz. Pero no debemos olvidar que la "eficacia" del sacrificio de la Cruz radica sobre todo en su ascendencia sobre el Corazón de Dios Padre, su valor como culto perfecto. La aplicación a los hombres del "poder" del sacrificio de Cristo – y es entonces cuando su eficacia alcanza "su consumación"- implica siempre el ofrecimiento de su valor por medio de los hombres. Y eso es lo que de hecho sucede. Cada Misa contiene en sí misma, en toda su plenitud, la adoración de Cristo, su acción de gracias, su deseo de reparación, pero pasando a través de la Iglesia, a través de nosotros, y haciendo así nuestra su ofrenda y su adoración.

Así, acabamos donde comenzamos: El Sacrificio de la Misa es el sacrificio de Cristo representado de modo sacramental, proporcionándonos su Cuerpo y Sangre en cumplimiento de su promesa. Creo que ahora quedará más clara su naturaleza, según lo enseña el Catecismo. Si no, léase lo anterior y hágase el intento de comprenderlo de nuevo. A modo de recordatorio, el Catecismo declara: "El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son **un único sacrificio**: "La víctima es una y la misma: la que se ofrece ahora por medio del ministerio de los sacerdotes, es la que se ofrece a sí misma en la cruz; sólo el modo de ofrecerse es diferente". "En este divino sacrificio que es celebrado en la Misa, el mismo Cristo que se ofrece una única vez de manera cruenta en el altar de la Cruz es contenido y es ofrecido de modo incruento".

Así pues, ¿por qué los Protestantes alegan siempre que el mundo católico tiene *otro* sacrificio, o dicen que volvemos a sacrificar a Cristo una y otra vez sin cesar? Uno dijo: "Con todos los fragmentos del cuerpo de Cristo que los católicos y tú coméis, me

pregunto si quedará algo de Cristo en el cielo." ¡Qué estupidez! Quiero pensar que es simplemente una equivocación y no un intento de confundir a la gente o de engañarla. No quisiera considerarte uno de ellos. Tiendo a imaginarte honesto y sincero en estas materias y espero estar en lo cierto.

También creo que la historia está del lado católico, especialmente si consideramos las citas que usé en este artículo. Déjame citarte una última vez a San Justino, que fue decapitado por su fe en 165 d. C. *"Según las palabras de Dios por boca de Malaquías, uno de los doce profetas, como dije antes, acerca de los sacrificios en este tiempo presentados por vosotros [los Judíos]: 'No me complazco en ti, dice el Señor, y no aceptaré los sacrificios de tus manos; desde la puesta de sol hasta el ocaso Mi Nombre será glorificado entre los gentiles, y en todos los lugares se ofrecerá incienso a Mi Nombre, y una oblación pura: porque Mi Nombre es grande entre los gentiles dice el Señor, pero tú lo profanas.' Él entonces dijo a esos Gentiles, esto es, a nosotros, que en todas partes se ofrecerían sacrificios a Él, esto es, el pan de la Eucaristía así como el cáliz de la Eucaristía, confirmando ambos que nosotros glorificamos Su Nombre y tú lo profanas."*

Ignacio, el discípulo de Pablo y Pedro, escribe en el siglo I, *"Pero mira a esos hombres que tienen esas equivocadas nociones acerca de la gracia de Jesucristo que ha descendido hasta nosotros, y observa cómo lo que ellos son se opone al espíritu de Dios... Ellos incluso se abstienen de la Eucaristía y de la oración pública [litúrgica], porque no admiten que la Eucaristía es el mismísimo cuerpo de nuestro Salvador Jesucristo, cuya [carne] sufrió por nuestros pecados, y al que el Padre en su bondad revivió. En consecuencia, en vista de que ellos rechazan los dones de Dios, están condenados en sus mismas rebeldías. Deberían haber aprendido mejor la caridad, si aspiraban a conocer alguna vez la resurrección... Rechaza el sectarismo, porque es el comienzo de todo mal" [4].*

Si tengo que elegir entre ponerme de parte de estos nuestros nobles predecesores en la fe, que son la primera generación después de los apóstoles, o bien ponerme de parte de los actuales protestantes, caprichosamente aferrados a "la sola Biblia", que tiran por la borda quince siglos de Iglesia, entenderás que la cosa está fuera de discusión: me quedo con los primeros; ¡es buena compañía!

Sé que la presente respuesta fue mucho más larga de lo que tú probablemente supusiste, o deseaste, pero quise ser un poco más detallado, con la esperanza de darte un buen pantallazo. Espero ayudarte a clarificar las cosas y facilitarte que comprendas las enseñanzas Católicas, históricas y bíblicas, acerca de la Eucaristía. Por esa razón dediqué mucho tiempo a los pasajes de la Biblia, las citas de los primeros Padres de la Iglesia y la explicación sobre cómo se entiende desde una perspectiva católica lo que la Misa actualiza. Aún suponiendo que no estés de acuerdo, espero que al menos trates con un poco más de respeto intelectual a tus hermanos Católicos, ya que esta enseñanza es muy defendible desde el punto de vista bíblico, y es ciertamente viable. No es ni antibíblica ni incomprensible, aunque qué duda cabe de que es un profundo misterio.

No seré capaz de mantener una gran correspondencia durante los próximos meses, puesto que tengo varias conferencias que preparar, un curso sobre la Biblia que comienzo a impartir en Noviembre (para el cual pensamos que participaran cientos de Católicos (y Protestantes), y además me veo presionado por el editor para terminar el segundo libro. Además mis chicos están pensando que estoy casado con este dichoso ordenador. Quiero tomarme un descanso.

Dios te bendiga, Pablo, y espero que podamos seguir siendo amigos mientras compartimos estos asuntos tan importantes para los dos. Si gustaras de sugerencias en relación con buen material de lectura sobre esto para profundizar en tu búsqueda, me encantaría sugerirte algunos títulos, y no el que menos mi libro, que aporta multitud de nuevos datos. He encargado también para ti un libro que te mandaré por correo cuando esté aquí.

Que recibas las mejores bendiciones de Dios sobre ti, tu familia y tu congregación, ya que te esfuerzas en servirle en santidad y amor.

En Cristo,

Steve Ray

* * *

Dos Anexos: 1) Un pasaje del Catecismo Católico de John Hardon´s y 2) el párrafo original de mi carta a John Ankerberg que motivó esta conversación.

Un breve fragmento del Catecismo Católico de John A. Hardon´s (NY: Image Books, 1981)

EL SACRIFICIO DE LA MISA

Ya en la Última Cena, Cristo dejó claro a los apóstoles que lo que Él estaba haciendo en ese momento y lo que completaría sobre el Calvario *era un sacrificio*, que deseaba que ellos continuaran en su memoria. En el Judaísmo, el pan y el vino fueron componentes que integraban el sacrificio de modo habitual. Las palabras que Jesús utilizó al instituirlo, cuando habló de la Nueva Alianza, de su cuerpo que debería ser entregado, de su sangre que debería ser derramada, de hacerlo en memoria de Él- todas ellas tienen profundas implicaciones sacrificiales.

En los tiempos apostólicos la Iglesia no dudó de que, mientras el sacrificio de la cruz fue ciertamente adecuado para la redención del mundo, Cristo se propuso perpetuar este sacrificio de un modo ritual hasta el final de los tiempos. Este fue uno de los principales temas de la carta a los Hebreos, que dio por hecho que Cristo se había ofrecido una sola vez a sí mismo a Dios Padre sobre el altar de la cruz, pero también llegó a afirmar que su

redención fue un hecho que se extiende en el tiempo. El sacerdocio de Cristo "*permanece para siempre*", "*puesto que Él sigue intercediendo por todos los que se llegan a Dios a través de Él*" (Heb. 7:24-25).

Se trata de una renovación del Calvario. La estrecha asociación de lo que hizo Cristo en la Última Cena con lo que hizo el Viernes Santo ha sido la norma de la Iglesia para relacionar íntimamente ambos fenómenos. Por este motivo, el sacrificio del altar no es meramente una conmemoración vacía del Calvario, sino un **verdadero y propio acto de sacrificio**, por medio del cual Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, mediante una inmolación incruenta, se ofrece a sí mismo como víctima aceptable al Padre eterno, como hizo en la Cruz. Sólo la manera de ofrecerse es diferente."

"El sacerdote es el mismo, esto es, Jesucristo, cuya persona divina el ministro humano representa en el altar. Por razón de su ordenación, el ministro es constituido sumo sacerdote y posee el poder de realizar las acciones "in persona Christi", en lugar de la auténtica persona de Cristo."

"La víctima es también la misma, es decir, el Salvador en su naturaleza humana con su verdadero cuerpo y sangre.

Worth recalcó que lo que convierte a la Misa en un sacrificio es que Cristo es un ser humano vivo con una voluntad humana, capaz, no obstante, de ofrecer (por tanto sacerdote) y de ser ofrecido (por tanto víctima), no menos verdaderamente hoy que cuando ocurrió en la cruz.

1. La re-presentación significa que en la cruz, Jesús ofreció a sí mismo y todos sus sufrimientos a Dios inmolándose hasta su muerte física, pero una inmolación que Él ofreció libremente a su Padre celestial. En el altar, por razón del estado glorioso de su naturaleza humana, "la muerte ya no tiene más poder sobre Él" (Rm. 6:9).

En consecuencia, el derramamiento de su sangre es imposible. Sin embargo, de acuerdo con el plan de la divina providencia, el sacrificio continuo de Cristo es manifestado en la Misa mediante signos externos que son símbolos de su muerte. ¿Cómo puede ser eso? "Por la transubstanciación del pan en el cuerpo de Cristo y del vino en su sangre, su cuerpo y su sangre están ambos realmente presentes. Pero eso no es todo. Su separación en la consagración representa la actual separación de su cuerpo y de su sangre. Entonces la re-presentación conmemorativa de su muerte, que efectivamente tuvo lugar, sobre el Calvario, es mostrada simbólicamente por medio de símbolos separados que representan el estado de víctima."

"El Catolicismo, por consiguiente, afirma que debido a que Cristo está realmente presente en su humanidad en el cielo y en el altar es ahora capaz, y lo fue el Viernes Santo, de entregarse como ofrenda libremente al Padre. No puede morir ya desde el momento en que está ahora en un cuerpo glorificado, pero la esencia de su oblación sigue siendo la misma: el continuo sometimiento de su voluntad a la voluntad del

Padre.

2. La Misa es un memorial de la pasión de Cristo y de su muerte durante toda la liturgia Eucarística, como aparece ya en un ritual del siglo II.

Los Apóstoles en sus memorias, que son llamadas Evangelios, han dado por hecho que Jesús ordenó hacerlo; que Él tomó pan y, después de dar gracias, dijo: "Haced esto en memoria mía; este es mi cuerpo." De igual modo, tomó también el cáliz, dando gracias, y dijo: "Esta es mi sangre." Y lo dio a ellos una sola vez.

"¿Se conmemora sólo la muerte de Cristo? La Iglesia enseña que es "un memorial de su muerte y Resurrección," si bien obviamente de diferentes formas. Cuando nosotros decimos que la Misa conmemora la muerte de Cristo, queremos decir que de modo misterioso Cristo realmente se ofrece a sí mismo como sacerdote eterno y que su oblación no es sólo un recuerdo psicológico sino una realidad mística. Cuando decimos que la Misa es un memorial de su resurrección, esto significa también que no es simplemente un recuerdo mental. Después de todo, el Cristo que está ahora en el cielo y el sacerdote principal en el altar es el Salvador glorificado. Su resurrección no es solamente un hecho que tuvo lugar una vez, sino un hecho continuado en la historia de la salvación. Llamar a la Misa un memorial de la resurrección puede evocar la imagen de una grata memoria que suavemente cruza la mente. Debería decirnos más bien que en la Misa el Señor glorificado está presente y es nuestro centro, y nos une a todos nosotros, todavía mortales, con Él, que es nuestra resurrección.

3. El Santo Sacrificio de la Misa es el medio querido por Dios para aplicar los méritos del Calvario. En este punto sería útil clarificar una cuestión, por otra parte complicada: ¿Cómo aplica la Misa los méritos de la pasión y muerte de Cristo? Durante el periodo de la Reforma, esta fue una de las más espinosas cuestiones que abordó la Iglesia, a cuyos sacerdotes algunos decían que estaban equivocados al declarar que la Misa fuera una *fuerza de gracia divina*. Y se les decía que, bien ellos y el magisterio de la Iglesia estaban equivocados, o bien estaba confundido San Pablo cuando escribió que cuando Cristo murió, "Él, por otra parte, ofreció un único sacrificio por los pecados, y luego tomó su lugar para siempre, a la derecha de Dios" (Heb. 6: 10). El dilema parece insoluble: O Cristo murió **de una vez por todas** y su muerte es suficiente para la redención de la humanidad, o a pesar de su muerte única y suficiente la Misa debería, de algún modo, "subsana" lo que fue "insuficiente" en la pasión del Salvador.

"El Concilio de Trento se aplicó a la solución en un memorable artículo que resume quince siglos de fe Católica en la eficacia de la Misa, mas una eficacia que depende enteramente del Calvario.

El sacrificio [de la Misa] es verdaderamente propiciatorio, de modo que si nos acercamos a Dios con un corazón recto y verdadera fe, con temor y reverencia, con pesar y

arrepentimiento, por medio de la Misa podemos obtener misericordia y encontrar gracia que nos auxilie en tiempo de necesidad. Por medio de esta oblación el Señor es apaciguado, Él concede gracia y el don del arrepentimiento, y perdona nuestras malas obras y pecados, por graves que sean algunos de ellos.

Los beneficios de esta oblación (es decir, la única cruenta) son recibidos en abundancia a través de esta oblación incruenta. En modo alguno, pues, el sacrificio de la Misa resta valor al sacrificio de la cruz.

Por lo tanto, la Misa puede muy bien ser ofrecida, de acuerdo con la tradición apostólica, por los pecados, castigos, satisfacción, y otras necesidades de la fe en la tierra, tanto como por los que han muerto en Cristo y no están todavía completamente purificados.

“Lo que la Iglesia enseña es que, si bien los beneficios de la salvación fueron merecidos para la humanidad en la cruz, estos beneficios todavía deben ser aplicados por nosotros, principalmente por medio de la Misa. Entre estas dos realidades, mérito y aplicación, se ubican la realidad de la fe y de la libertad humanas: fe para creer que Dios nos pide que usemos cauces tales como la Misa, y libertad para unirnos humildemente en espíritu a la auto-inmolación de Cristo: Él en la cruz que ha padecido, y nosotros en nuestra cruz, que Él nos ofrece para llevarla diariamente si deseamos ser sus discípulos.

* * *

Pasaje de mi carta a John Ankerberg sobre la Misa en el que hago un juicio crítico sobre su libro *Protestantes y Católicos*:

La Misa

Sr. Ankerberg, le remito directamente a la página 81 de su libro “*Protestantes y Católicos: ¿Están ahora de acuerdo?*”, donde creo que usted tergiversa seriamente la posición católica en relación con la Misa. Los Católicos le escucharían si usted fuera honesto y presentara correctamente su posición. Pero si sólo ridiculiza las enseñanzas de la Iglesia ellos le despacharán cortésmente como a un maleducado o a una persona no interesada en la verdad. Le iría mejor si mostrara la posición honesta de la Iglesia Católica y actuara rectamente, en lugar de poner hombres de paja que son fácilmente derribados. La Iglesia Católica no enseña que Cristo sea “sacrificado de nuevo” en el altar. ¿Por qué intenta decir lo que ellos hacen? La cita que aporta de la Enciclopedia Católica no usa la palabra “re-sacrificio”, y, sin embargo, usted la parafrasea con sus propias palabras diciendo que ella profesa la idea de que Cristo se sacrifica nuevamente [en el altar]. Las palabras son importantes y molestarán a los Católicos que comprenden lo que usted está haciendo –jugando libremente con la terminología para satisfacer sus propios intereses. La Iglesia Católica enseña exactamente lo contrario, y usted, como un hombre docto debería saber que Cristo fue sacrificado una sola vez y para siempre, como la Epístola a los Hebreos claramente nos dice, y Él no necesita descender y volver a ser crucificado cada día.

Los Católicos enseñan que hubo **sólo un sacrificio** y que la Misa es una representación de este sacrificio, un compartir y un poner en común el único sacrificio – la comida del Cordero (Ex. 12:11; Juan 6:52-58). No hay muchos sacrificios – sólo uno. Los Católicos enseñan que la Misa es una participación del único sacrificio, el sacrificio del Calvario. Reparemos, con todo, que vemos a Cristo ante el trono de Dios en Apocalipsis 5:6, siempre presentado como un “cordero degollado” (el tiempo perfecto en lengua griega, que significa que fue y sigue estando degollado). El Apóstol Juan nos dice que el Cordero fue degollado, pero está todavía en el altar ante el trono de Dios [5]. Además observamos otra anomalía: Cristo se sienta a la derecha del Padre, y Cristo, el Cordero de Dios permanece en el Altar. En el mundo temporal, Él fue degollado una sola vez, pero en el cielo, el mundo fuera del tiempo, parece que el sacrificio de Cristo es un hecho eterno. Se dice también que fue crucificado *antes* de la creación del mundo (Apocalipsis 13:8).

Hagámonos una pregunta: ¿Cuándo fue crucificado Cristo?

- 1) “Antes de la creación del mundo”, o bien
- 2) en el año 30 d.C., o bien
- 3) “el Cordero permanece como degollado” presentado en la eternidad futura?

El Católico simplemente ve la Misa como un compartir ese hecho eterno. Esto nos presenta ese hecho eterno en su verdadera naturaleza, nos transporta al cielo para ver, experimentar y compartir la liturgia eterna situándonos ante el verdadero trono de Dios. Los Católicos se sorprenden de por qué los Evangélicos se complican tanto con esto, ya que para nosotros es una realidad muy sencilla, connatural.

Para ser honesto, en la página 81 usted debería haber citado el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, y no haber aportado su personal paráfrasis e interpretación privada de lo que nuestros libros dicen. [6]. En el párrafo 1367 el Catecismo afirma: *“El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio: “Es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí misma entonces sobre la cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer.” “En este divino sacrificio que se realiza en la misa, este mismo Cristo, que se ofreció a sí mismo una vez de manera cruenta sobre el altar de la cruz, es contenido e inmolado de manera no cruenta”*. De modo que surge una duda, creo que legítima, sobre la rectitud de intención de los Protestantes, que continuamente afirman que la Iglesia Católica enseña que el sacrificio de la Misa es un sacrificio nuevo, distinto del de la Cruz, y que sacrificamos a Cristo “de nuevo” en nuestros altares... Nosotros no pensamos ni enseñamos eso: para nosotros la Misa es una participación en el único sacrificio. La Historia parece estar de nuestra parte, y esto es algo sobre lo que también quiero decirte alguna cosa.

Para empezar, uno de los primitivos Cristianos, Justino Mártir, escribió: *“De aquí que Dios hable por boca de Malaquías, uno de los doce profetas, como dije antes, acerca de los sacrificios en el tiempo presentados por vosotros [los Judíos]: ‘No me complazco en*

vosotros', dice el Señor, 'y no aceptaré tus sacrificios de tus manos; desde el amanecer hasta el ocaso Mi Nombre será glorificado entre los gentiles, y en todas partes será ofrecido incienso a Mi Nombre, y una ofrenda pura: porque Mi Nombre es grande entre los gentiles dice el Señor, pero vosotros lo profanáis.' Él entonces habló a los Gentiles, esto es, a nosotros, que en todas partes Le ofrecemos sacrificios, esto es, el pan de la Eucaristía y también el cáliz de la Eucaristía, afirmando a la vez que nosotros glorificamos Su Nombre y vosotros lo profanáis." [7]

Cuando leo la carta de Pablo a los Corintios me parece ver el mismo lenguaje: "Os hablo como a hombres sensibles; juzgad por vosotros mismos lo que os digo. El cáliz de bendición que nosotros bendecimos, ¿no es una participación en la sangre de Cristo? El pan que compartimos, ¿no es una participación en el cuerpo de Cristo? Porque hay un solo pan, nosotros que somos muchos somos un solo cuerpo, compartimos un solo pan. Pensemos en el pueblo de Israel; los que comen los sacrificios, ¿no se hacen partícipes del altar? Doy a entender que lo que los paganos sacrifican ellos lo ofrecen a los demonios y no a Dios. No os deseo que confraternicéis con los demonios. No podéis compartir la mesa del Señor y la mesa de los demonios." [8]

Observemos cómo está siendo usado el lenguaje sacrificial. La expresión "mesa del Señor" es un término técnico y en el Antiguo Testamento siempre se refiere a la mesa del sacrificio. ¿Por qué habría Pablo de usar tales términos llamativos de la terminología sacrificial si estuviera intentando negar cualquier asociación entre la Eucaristía y el sacrificio?

He ahí lo que realmente me preocupa y tú no tienes la valentía de abordarlo: ¿Por qué está la posición protestante sobre la Cena del Señor tan en discordancia con la enseñanza universal de los primeros Cristianos, que llamaban a la Cena del Señor "Eucaristía"? Yo siempre sostuve, en mis tiempos previos al catolicismo, que los primeros cuatro siglos del Cristianismo fueron esencialmente evangélicos, y luego se infiltraron elementos paganos, y la Iglesia Católica fue el resultado de esa amalgama. Después de leer los escritos de los Padres (la Didaché, siglo I, Ignacio de Antioquia, 106 AD; Clemente de Roma, 96 AD; Justino Mártir, siglo segundo; Barnabas, siglo I, etc.) tuve que admitir que no pude encontrar mis doctrinas Evangélicas favoritas representadas en esos escritores, aunque SÍ encontraba precisamente doctrinas Católicas [9]. Éste es un problema real que necesita ser afrontado y tú no pareces hacerlo. Fue astuto de parte tuya evitar que tus lectores tomaran contacto con la historia de los primeros siglos: cuando yo lo hice por primera vez, créeme, ¡fue como un baldazo de agua fría! ¿Por qué serían precisamente los que han recibido los Evangelios de los Apóstoles los que han perdido el rastro más rápidamente, como sostienen los evangélicos en general? Esto carece de sentido. ¿Por qué el Señor esperó mil quinientos años, hasta la venida de Lutero, para hacer que el tren retorne a sus carriles? Supongo que la respuesta es que "mil años es como un día para Él", ¿verdad?...

* * *

Pregunta de un hermano Protestante: "He leído tu respuesta a John Ankerberg ... Mi pregunta es que cómo puedes decir que Cristo no es "re-sacrificado" en la Misa cuando hasta el mismo modo de hablar del Nuevo Catecismo que tú aportas en tu defensa dice que Él se inmoló de un modo incruento y luego emplean la misma palabra *inmolado* referida a Su sacrificio real en la cruz. Los dos usos de la palabra "inmolado" denotan ambos un sacrificio, lo que tornaría el uso de la palabra "re-sacrificio" por John Ankerberg al menos aceptable. Si es como dices (y tú presentas la posición católica de un modo que yo nunca había escuchado), entonces ¿por qué no aclara el Nuevo Catecismo (dicho sea de paso, ¿por qué hay un *nuevo* catecismo?, hay algo equivocado en el *viejo*?) que diga que Él no está siendo efectivamente sacrificado (inmolado) sino que se trata de una celebración de y una participación en ella? ¿Por qué tiene que ser inmolado de nuevo? Y si el segundo uso de la palabra "inmolado" no es el mismo que el primero, entonces ¿por qué no se ha hecho esta distinción más claramente?"

Respuesta: En primer lugar, admitamos que tu cuestionamiento no es del todo claro, al menos para mí. Discutiré la voz "misterio" un poco más tarde, como opuesta al vocablo "turbio" que usas más adelante, pero por ahora será suficiente con decir que el misterio de la Eucaristía no es algo que pueda ser explicado en términos sencillos. La Iglesia ha procurado definir tan claramente como le ha sido posible muchos misterios, y la Eucaristía no ha sido el menor de ellos. No es extraño que no lo comprendas, puesto que es difícil de comprender con la mente humana. Si yo recuerdo bien, sin embargo, tú me criticabas por ser demasiado "cerebral" mientras que tú comprendías las verdades "más recónditas". Ahora yo estoy hablando de misterios y tú esperas que todo sea explicado con precisión matemática. Sin embargo...

El hecho de que Cristo fuera de una sola vez por todas crucificado ya para siempre presentado como el "cordero degollado" ante el Padre, ¿no te ayuda a comprender? Pienso que he aclarado en la carta que el Cordero con un corte en el cuello se hallaba eternamente presente ante el Padre y que el eterno sacrificio se hace presente en la Eucaristía. El sacrificio o inmolación se hace real para nosotros en el altar. ¿Sabes que el altar en la Iglesia Católica representa simultáneamente la **cruc** (el lugar del sacrificio; Mal 1:7, 12; 1 Cor 10:21) y la **mesa** en la que nosotros comemos la Cena del Señor? Sobre esta mesa del Señor el sacrificio de Cristo se hizo real para nosotros. Es representado. Esto parece suficientemente sencillo para mí. De nuevo el Catecismo dice, "La Eucaristía es entonces un sacrificio porque re-presenta (hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y porque aplica el fruto" (CCC 1366).

El Concilio de Trento dijo, "[Cristo], nuestro Señor y Dios, debía inmolarse, una sola vez y para siempre, a Dios Padre por su muerte en el altar de la cruz, para ejecutar allí la consumación de la redención. Pero puesto que su sacerdocio no ha acabado con su muerte, en la Última Cena "en la noche en que fue entregado," [Él quiso] dejar a su amada esposa la Iglesia un sacrificio visible (como exige la naturaleza del hombre) por el que el sacrificio cruento que él había realizado de una vez por todas en la cruz fuera representado, su memoria fuera perpetuada hasta el fin del mundo, y su saludable poder aplicado al perdón de los pecados que diariamente cometemos".

¿No podrías tú considerar acaso el sacrificio de Cristo como perpetuo y disponible hoy para redimirte de los pecados que tú cometes? ¿No aplicas tú los trabajos consumados de Cristo considerándolos cada día como como presentes y eficaces?

El Eterno sacrificio de Cristo se hace presente a diario por un bondadoso acto de Dios. No le niegues este poder, ni deberías despreciar la constante enseñanza de la Iglesia desde el siglo I. Tal rechazo me parecería arrogante y espero que no sea tomado en consideración sino superficialmente.

Protestante: "¿Me estás diciendo que si yo empiezo a buscar los documentos de la Iglesia Católica nunca encontraré ninguna enseñanza oficial que postule que la Misa es un "re-sacrificio" del Señor? La oscuridad de tal idea no engaña a los Protestantes sino que engaña a los Católicos, que nunca han llegado a aclarar qué es lo que está realmente sucediendo."

Respuesta: Si indagas en la totalidad de la enseñanza Católica, no encontrarás contradicciones en relación con la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía, ni en relación con lo que sucede en la consagración. Encontrarás muchas especulaciones entre teólogos, laicos y escépticos; pero la enseñanza oficial de la Iglesia será coherente. Esta enseñanza ha sido desarrollada y profundizada en cuanto a la comprensión del misterio, ha sido definida (por ejemplo, la transubstanciación en el cuarto concilio Laterano en 1215) y posteriormente explicada, pero ninguno de los textos de la Escritura o de los posteriores documentos oficiales o de los concilios han sido contradichos. Como la definición de la Trinidad, que llevó varios siglos definir, toda doctrina es abordada, discutida y definida cada vez que el pueblo de Dios tiene necesidad. Otro ejemplo: no hubo Canon oficial [de las escrituras] durante varios siglos: aunque estamos de acuerdo tú y yo de que la Biblia existió siempre, y contuvo siempre la verdad, sin embargo no estaba todavía definido de modo dogmático y claro.

Del mismo modo podrás ver un desarrollo de la comprensión y doctrina de la Eucaristía, pero no encontrarás ninguna diferencia sustancial en la enseñanza de la Iglesia en 2000 años de desarrollo. Si encuentras algún aspecto que piensas que es contradictorio, deja que lo conozca y lo discutiremos, pero hasta ahora yo no conozco ninguno y si crees que lo hay, como es natural en una buena discusión, la necesidad de demostrarlo es tuya.

Además, deberías reconocer que no encuentras nada en la enseñanza de la Iglesia que diga que Cristo es "resacrificado" porque eso sería llamativamente contrario a la Escritura (por ejemplo, Heb 7:27; 9:12; 10:10). Los Católicos, como yo, pueden ser un poco tímido a veces, pero conocemos la Biblia. Una enseñanza acerca de que Cristo es "re-sacrificado" en la Misa estaría en flagrante contradicción con las nítidas afirmaciones de la Escritura y eso no sería muy inteligente. Recuerda que los Católicos han estado de acuerdo con la Biblia durante 2000 años, la conocen bien, y no admitirían tamaño disparate.

Se que tu conoces la enseñanza de Hebreos 6,6: "es imposible que se renueven otra vez

mediante el arrepentimiento, pues crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios, y le exponen a pública infamia." Interesante, ¿verdad?

Ahora estamos en disposición de considerar tu siguiente párrafo: "La turbidez de tal proposición no depende de los protestantes, sino más bien de los católicos, que no han aclarado nunca qué es lo que realmente sucede durante la Misa." No estoy de acuerdo con la palabra *turbidez* [*murkiness*] puesto que ella implica una torcida intención. Proviene del antiguo inglés "mirce", equivalente al antiguo escandinavo "myrkr", que significa "tinieblas". La Iglesia Católica así como la Ortodoxa, en la Santa Tradición de los Padres, entiende que el sacrificio de la Misa es un "misterio", que no es lo mismo que decir "tiniebla" o "turbidez". Yo creo que estamos ante un punto clave.

Consideremos por un momento las dos naturalezas de Cristo en una sola Persona, o la Trinidad de tres personas en una sola naturaleza. ¿Se trata de algo fácil de explicar? Prueba a intentarlo la próxima vez que los Testigos de Jehová llamen a tu puerta. Es un misterio, no una "tiniebla" y sabemos que es verdad porque es la constante enseñanza de la Iglesia y se atestigua en la Escritura (aunque en ninguna parte se afirme con claridad como en un manual teológico "tres Personas divinas en una sustancia"). Merriam-Webster define "misterio" como "una verdad religiosa que sólo se puede conocer mediante revelación y no puede ser plenamente comprendida", definición que me parece razonable. Un buen Diccionario Católico escribe: "una realidad que no pueda ser explicada mediante la razón, sino que toma su fuerza desde la fe sobrenatural". Esto no debería ser difícil para ti aceptarlo pues yo te reto a que me des una explicación plenamente científica de cómo el Espíritu Santo habita en nosotros o de qué sucede cuando se está "muerto en el Espíritu". ¿Podrías entonces explicarme perfectamente estas realidades que tú aceptas? O para usar tus propias palabras, "aclárame qué está sucediendo realmente". ¿Sostienes que tú puedes explicar claramente todo lo que está sucediendo en la vida espiritual y en nuestra alma? ¿Puedes explicar qué sucede cuando nacemos de nuevo? ¿Puedes explicar qué sucede cuando una persona ha sanado espiritualmente? ¿Puedes describir con detalles científicos qué proceso mecánico o biológico tiene lugar? ¿Puedes explicar cómo el Espíritu Santo fecundó a María con la Palabra Eterna de Dios? ¿Llamarías a estas realidades "tenebrosas" o "turbias", o más bien "misteriosas"?

¡Los Padres de la Iglesia no tuvieron problema en admitir algunos fenómenos que son misterios! Y si no estás de acuerdo, te pediría que me mostraras uno de los Padres de la Iglesia o Apostólicos que piensen de modo diferente. De hecho, sería un buen ejercicio para ti indagar acerca de quién fue la primera persona en la historia del Cristianismo en negar la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía o en negar que fuera un sacrificio.

En Malaquías 1:11 dice: "Mi Nombre será grande entre las naciones [gentiles], desde el levante hasta el poniente, y en todo lugar se ofrecerá a mi Nombre un sacrificio de incienso y una oblación pura. Pues grande es mi Nombre entre las naciones". Los padres apostólicos y toda la Iglesia primitiva explicaron este pasaje a partir de la Eucaristía. Un erudito protestante buen conocedor del Antiguo Testamento, Joyce Baldwin recapituló estos versículos de Malaquías del siguiente modo:

(1) El nombre de Dios será honrado entre las naciones (Gentiles), y ellos llegarán a conocer a Dios;

(2) este culto mundial no sería dependiente de los sacrificios levíticos ofrecidos en Jerusalem; y,

(3) "será ofrecido" se refiere al inminente futuro, en el que la oblación pura trascenderá todas las ofrendas anteriores.

Baldwin hace hincapié en que "el adjetivo "pura" no se usa en otro lugar para describir las ofrendas... En el mejor de los casos los sacrificios levíticos nunca fueron descritos en estos términos" (Haggai, Zacarías, Malaquías, vol. 24 en los Comentarios al Antiguo Testamento de Tyndale [Downers Grove, IL: Inter-Varsity Press; 1972], 229-230).

El lenguaje de Malaquías es claramente sacrificial y da cuenta con nitidez de una única oblación, algo nunca visto en el Antiguo Testamento.

Este sacrificio, ofrecido mundialmente, es superior a los sacrificios levíticos de los Judíos y no podría nunca ser concebido en pie de igualdad con los sacrificios paganos, por más sinceros que pudieran ser aquellos. El sacrificio (singular) será ofrecido mundialmente (múltiples sacrificios) y reemplazará y será superior a todos los sacrificios precedentes. Este sacrificio único alcanza su plenitud con el sacrificio singular y definitivo de Cristo, en tanto que la mejor explicación para los múltiples sacrificios "desde el amanecer hasta el ocaso" es la celebración de la Eucaristía, tal como ha sido entendido por los cristianos que recibieron el evangelio de labios de los apóstoles.

Esto nos conduce a considerar a la Iglesia, el pacto abierto a todas las naciones, Judíos y Gentiles, como el escenario para esta "ofrenda pura" que será ofrecida en todos los lugares del planeta. Que esta referencia a la Eucaristía fue hecha pensando en la Iglesia es algo que puede percibirse en época tan temprana como en la *Didajé* (también conocida como "doctrina de los doce Apóstoles", compuesta probablemente en Siria hacia el 60-80 d.C., que es, después del Nuevo Testamento, el documento literario cristiano más antiguo). Aportaré unos pocos ejemplos por el momento: El sacrificio es una "ofrenda pura" singular, y, sin embargo, "en todo lugar": la Misa Católica se ajusta a ello como anillo al dedo. Ya afirmaba San Agustín "¿Qué respondes a esto? Abre al fin tus ojos, por tanto, en cualquier momento, y mira, desde el amanecer hasta el ocaso, el Sacrificio de los Cristianos es ofrecido, no en un lugar solamente, como fue establecido con los Judíos, sino en todas partes; y no cualquier dios para todos, sino el que Él predijo, el Dios de Israel... No en un solo lugar, como prescribió para vosotros en la primitiva Jerusalén, sino en todas partes, incluso en la misma Jerusalén. No de acuerdo con la Orden de Aarón, sino de acuerdo con la Orden de Melquisedec" (La Fe de los primitivos Padres, 3:168).

Ahora te proporcionaré unas pocas citas de los primeros Padres para fundamentar esto.

Te confieso que, como evangélico, quede absolutamente consternado cuando pude comprobar que ninguno de los representantes de la Iglesia primitiva en su totalidad, y quiero decir **ninguno** (excepto los Gnósticos), rechazaron la idea de la eucaristía como de un verdadero sacrificio.

La **Didajé**, o "Doctrina de los Apóstoles" (escrita incluso antes que algunos de los documentos del Nuevo Testamento):

Congregaos en el Día del Señor, y partid el pan y ofreced la Eucaristía, pero primero confesad vuestros pecados, para que así vuestro sacrificio pueda ser completamente puro. El que esté apartado de su prójimo no participará con vosotros hasta que se haya reconciliado con aquel, y así evitaréis cualquier profanación de vuestro sacrificio. Esta es la ofrenda de la que el Señor ha dicho: "En todo lugar y siempre ofrecedme un sacrificio que es sin mancha, porque Yo soy un gran rey, dice el Señor, y mi nombre es el asombro de las naciones" [Malaquías, 1:11]."

Clemente de Roma (probablemente mencionado en Filipenses, 4:3, conoció a Pablo y a Pedro)

"Nuestros pecados no serán pequeños si nosotros expulsamos del episcopado [obispos o grupo de los dirigidos por los obispos] a los que de modo irreprochable y santamente han ofrecido sus Sacrificios."

Y Clemente afirma además: *"El Sumo Sacerdote, por ejemplo, tiene sus propios servicios asignados a él... Hay ministerios particulares establecidos para los Levitas, y el seglar está obligado por las reglas que afectan al estado laico. Del mismo modo, hermanos míos, cuando ofrecemos nuestra propia Eucaristía a Dios, cada uno debe atenerse a su categoría."*

Ignacio de Antioquia (c. 35-107 d.C.)

Estad convencidos, por tanto, de que todos participáis de una común Eucaristía; por ello no hay sino un solo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, un cáliz de unión con Su Sangre, y un solo altar de sacrificio – incluso no hay sino un solo obispo, con su clero y sus propios servidores acompañantes, los diáconos. Esto os permitirá asegurarnos de que todo lo que hacéis está en completo acuerdo con la voluntad de Dios." J.N.D. Kelly comenta acerca de esta última cita que "la referencia de Ignacio a un único altar, así como a un único obispo, revela que él también piensa en términos sacrificiales".

Y de nuevo, *"Pero mirad a esos hombres que tienen esas perversas nociones acerca de la gracia de Jesucristo que ha descendido a nosotros, y ved cuán contrarios a la mente de Dios son... Ellos incluso se abstienen de [participar en] la Eucaristía y de la oración pública [litúrgica], porque no admiten que la Eucaristía es el mismo cuerpo de nuestro Salvador Jesucristo, cuya [carne] fue inmolada por nuestros pecados, y que el Padre en su bondad resucitó de nuevo. En consecuencia, puesto que ellos rechazan los dones de*

Dios, están condenados en sus discusiones. Harían mejor en aprender a ser caritativos si quieren conocer la resurrección... Abjura de sus discordias, porque ellas son el principio de sus males."

"Obedeced a vuestro obispo y sacerdotes con mentes indivisas... Manteneos en una común participación del pan –la medicina de inmortalidad, y el soberano remedio por el que escaparemos a la muerte y viviremos en Cristo Jesús para siempre."

Estas son las palabras de los hombres que fueron guiados por los mismos apóstoles. ¿Debo dar oído a sus enseñanzas, o a las de los Fundamentalistas, que están a dos mil años de distancia de los apóstoles?

¿Y el SIGLO SEGUNDO? Escuchemos a **Justino Mártir**, el gran Apologista: *"Y este alimento es llamado entre nosotros la Eucaristía, de la que nadie debe participar sino el hombre que cree que las cosas que enseñamos son verdad, y quien ha sido limpiado con la limpieza que es para remisión de los pecados, hasta la regeneración, y quien está viviendo como Cristo ha mandado. Puesto que no recibimos estos como pan ni bebida corriente; pues de la misma manera que Cristo nuestro Salvador, se hizo carne por la Palabra de Dios, proporciona su carne y su sangre para nuestra salvación, así igualmente nosotros hemos profesado que el alimento que hemos bendecido por la oración de Su palabra, y con el cual nuestra sangre y nuestra carne por transmutación son alimentados, es la carne y la sangre de la que Jesús fue hecho carne."*

Justino añade: *"Así pues Dios habla por labios de Malaquías, uno de los doce [profetas], como dije antes, acerca de los sacrificios presentados en ese tiempo por vosotros [los Judíos]: "No me complazco en ti, dice el Señor, y no aceptaré sacrificios de tus manos; pues desde la salida del sol hasta su puesta, Mi nombre ha sido glorificado entre los gentiles, y en todas partes se ofrece incienso a Mi nombre, y una ofrenda pura: pues Mi nombre es grande entre los gentiles dice el Señor, pero vosotros lo profanáis." [Así] Él entonces se dirige a los Gentiles, es decir, nosotros, que en todas partes Le ofrecemos sacrificios, esto es, el pan de la Eucaristía, y también el cáliz de la Eucaristía, confirmando ambos que nosotros glorificamos Su Nombre y vosotros lo profanáis."*

Y una vez más: *"En consecuencia, Dios, anticipando todos los sacrificios que nosotros ofrecemos por medio de este nombre, y que Jesucristo nos mandó ofrecer, es decir, en la Eucaristía del pan y del cáliz, y que son celebrados por los cristianos en todos los lugares por todo el mundo, da testimonio de que estos Le son agradables diciendo: "desde el amanecer hasta el ocaso mi nombre es glorificado entre los Gentiles [Malaquías 1:11]" [\[10\]](#)*

Son unas pocas citas de los siglos primero y segundo, conceptos estos que se multiplicarán en los siglos siguientes. Ahora bien, ¿encuentras aquí en alguna parte **tu** concepto de Eucaristía?

Dice el historiador protestante J.N.D. Kelly *"Justino habla de "los sacrificios que nosotros*

ofrecemos por medio de este nombre, y que Jesucristo nos mandó ofrecer, es decir, en la Eucaristía del pan y del cáliz, y que son celebrados por los cristianos en todos los lugares por todo el mundo". No sólo aquí sino también en otra parte, él identifica "el pan de la Eucaristía y también el cáliz de la Eucaristía", con el sacrificio profetizado por Malaquías".

"Fue natural para los primeros cristianos pensar en la Eucaristía como en un sacrificio. El cumplimiento de la profecía reclamó un solemne sacrificio cristiano, y el rito mismo fue arrojado en la atmósfera sacrificial con la que nuestro Señor revistió la Última Cena. Las palabras de la institución, "Haced esto", deben haberse cargado de connotaciones sacrificiales para los que las escuchaban en el siglo segundo; Justino de cualquier modo así lo entendió ... Si nos preguntamos en qué cosa consistía este "sacrificio", la Didakhé no proporciona ninguna respuesta clara. Justino, sin embargo, deja bien claro que la "oblación pura" preanunciada por Malaquías fue el mismo pan y vino de la ofrenda de Jesús. Aun suponiendo que él sostenga que "las oraciones y acciones de gracias" son los únicos sacrificios agradables a Dios, debemos recordar que usa la expresión "acción de gracias" como técnicamente equivalente a "el pan y el vino eucarísticos". El pan y el vino, además, son ofrecidos "como memorial de la pasión", una frase que teniendo en cuenta la identificación de éstos con el cuerpo y la sangre del Señor, implica mucho más que un acto de simple recuerdo espiritual. Aunque podría parecer que, aun cuando su lenguaje no fue plenamente explícito, Justino está encaminándose a una concepción de la Eucaristía como la ofrenda de la pasión del Salvador." Primitivas doctrinas cristianas por el famoso erudito protestante J.N.D. Kelly (San Francisco: Harper & Row, 1978).

Tu escribes: "Estoy interesado en tu respuesta. Es algo puramente académico en el sentido de que no estoy realmente intentando atacarte, pero te tendría que formular la misma pregunta si yo estuviera en la Iglesia Católica, que estoy, aunque no en la Romana".

Te respondo: Supongo que puedes decirte a ti mismo lo que quieras, pero la definición histórica de Católico, con una mayúscula "C", ciertamente no se te puede aplicar, aunque concedo en una "c" minúscula. Como puedes ver, cuando una palabra se escribe con mayúscula se toma en un sentido muy determinado, como un término técnico, o un nombre. Como **Cirilo de Jerusalem** dijo: "Y si visitas alguna ciudad, no preguntes sencillamente dónde está "la casa del Señor", puesto que los otros, las sectas de los impíos, también ellos intentan llamar a sus guaridas "la casa del Señor" -ni preguntes simplemente dónde está la Iglesia, pregunta más bien dónde está la Iglesia Católica. Por eso es este el nombre singular de la santa Iglesia, la madre de todos nosotros, que es la Esposa de nuestro Señor Jesucristo, el Unigénito de Dios."

Acogiéndome a la Misericordia,

Steve Ray

NOTAS

[4] Ignacio de Antioquia, La Epístola a los habitantes de Esmirna, 7,8, en Primitivos escritos cristianos, 102-103, escrita hacia 106 d.C.

No cabe duda acerca de que Ignacio consideraba la Eucaristía como la Presencia Real de Cristo, la mismísima carne que fue crucificada y glorificada de nuevo. No hay aquí novedad alguna; él no escribió nada nuevo a los fieles de Asia, sólo confirmó lo que ellos siempre habían conocido y practicado. Expuso la doctrina común de la Iglesia en su conjunto, y en modo alguno dio sus cartas como fundamentales o apartadas de la doctrina universal de los apóstoles. El historiador Warren Carroll nos dice que en el momento de su martirio Ignacio contaba al menos treinta años como obispo, probablemente enseñado por el Apóstol Juan, y fue claramente entonces el miembro vivo más venerado de toda la Iglesia” (La Fundación del Cristianismo, , [Front Royal, VA: Christendom Press, 1993], 1:455).

[5] Como hacemos nosotros, los protestantes consideran un altar, la mesa del sacrificio, en el cielo ante el trono de Dios (Is. 6:1; Rev. 6:9; 8:3, 5; 9:13; 11:1; 14:18; 16:7) ¿Acaso los altares desaparecen con la Nueva Alianza o Ley?

[6] Si tú manipulas tus propios documentos de modo tan desenvuelto, los Católicos desconfiarán del modo en que lees e interpretas la Biblia. La credibilidad es difícil de recobrar en relación con un lector, una vez que la has perdido.

[7] Justino Mártir en su diálogo con Trypho el Judío hacia 135 d.C. [Capítulo 41]. Justino considera la Eucaristía como un sacrificio, y eso ha sido profetizado varios siglos antes por Malaquías [1:10]. Esta fue la doctrina universal de la Iglesia primitiva.

“Justino habla de “todos los sacrificios en este nombre que Jesús mandó que se realizaran, es decir, en la Eucaristía del pan y del cáliz, y que son celebrados en todas partes por los Cristianos”. No sólo aquí sino también en otra parte identifica “el pan de la Eucaristía, y el cáliz también de la Eucaristía” con el sacrificio predicho por Malaquías.

“Fue natural para los primitivos Cristianos considerar la Eucaristía un sacrificio. La realización de la profecía exigía una ofrenda cristiana solemne, y el rito mismo fue arropado en la atmósfera sacrificial con que nuestro Señor revistió la Última Cena. Las palabras de la institución, “Haced esto”, se cargarían de connotaciones sacrificiales para los oyentes del siglo segundo; Justino de cualquier modo así lo entendió en conformidad con mi punto de vista para “Ofreced esto”. Si indagamos cómo se concibió el sacrificio para ser compatible con ello, la Didakhé no proporciona ninguna respuesta clara. Justino, sin embargo, deja bien claro que el pan y el vino mismos fueron la “oblación pura” preanunciada por Malaquías. Aun suponiendo que él sostenga que “las oraciones y acciones de gracias” son los únicos sacrificios agradables a Dios, debemos recordar que él usa la expresión “acción de gracias” como técnicamente equivalente a “el pan y el vino

eucarísticos". El pan y el vino, además, son ofrecidos "como memorial de la pasión", una frase que teniendo en cuenta la identificación de éstos con el cuerpo y la sangre del Señor, implica mucho más que un acto de simple recuerdo espiritual. Aunque podría parecer que, aun cuando su lenguaje no fue plenamente explícito, Justino está encaminándose a una concepción de la Eucaristía como la ofrenda de la pasión del Salvador." Primitivas doctrinas cristianas por el famoso erudito protestante J.N.D. Kelly (San Francisco: Harper & Row, 1978).

[8] ¿Qué es lo que el término participación significa? ¿Forma también parte de un lenguaje simbólico? No, significa una participación real. San Agustín pone estas palabras en los labios de Jesús para describir lo que sucede en la Eucaristía: "Yo no me transformaré en ti, como sucede con el alimento corporal; más bien tú te transformarás en mí." (Confesiones, VII, 10, 16) Como Kittel afirma: "*koinonía* denota participación, comunión." (TDNT, III, 798).

San Juan Crisóstomo afirma: "¿Qué es de hecho el pan? El cuerpo de Cristo. ¿Qué llegan a ser quienes reciben la comunión? El cuerpo de Cristo." (Crisóstomo, Homil. Sobre 1 Cor. 24, ad loc.). Él parece creer que no se trata exactamente de participar en un gesto puramente simbólico, sino lo que Pablo dice, que nosotros estamos participando en el cuerpo y la sangre de Cristo. ¿Cómo podría ser así si se tratase de un mero símbolo? ¿Eran los primeros cristianos personas que tomaran la Biblia al pie de la letra o lo somos nosotros?

"El estatus sacramental del pan y del vino no se toma como presupuesto sino que es convertido en el fundamento de este argumento... El alimento y la bebida espiritual ahora aparece más estrictamente definido como el cuerpo y la sangre de Cristo: aunque el fundamento último de esta definición será dado más tarde (1 Cor. 11: 23-26), Pablo puede asumirla como un terreno común que comparte con su audiencia, suficientemente sólido como para soportar la posterior argumentación... Lo que los escritos del Nuevo Testamento presuponen ... es de mayor importancia que lo que de hecho describen." (The Study of Liturgy ed. by Jones, Wainwright, Yarnold, and Bradshaw; NY: Oxford University Press; 1978, 1992).

Parece que San Pablo está comparando tres sacrificios ofrecidos en altares (mesas): el de los Judíos (v. 18), el de los paganos (v. 19-21; ofrecido a los ídolos), y el de los Cristianos, la Eucaristía. Pablo confirma la naturaleza sacrificial de la Eucaristía Cristiana. La "mesa del Señor" es un término técnico común en el Antiguo Testamento en referencia al altar del sacrificio (Lev. 24:6, 7; Ez. 41:22; 44:15; Mal. 1:7, 12) La "mesa del Señor" en la Iglesia, en referencia a Pablo, y extraída de la terminología y práctica del Antiguo Testamento, es ahora el altar para el nuevo sacrificio en referencia a Malaquías (Mal. 1:11) de acuerdo con el punto de vista de los cristianos de los siglos primero y segundo. El anuncio de la "mesa del Señor" es mencionado dos veces en el capítulo primero de Malaquías, antes y después de la promesa de Yahvé sobre un futuro sacrificio ofrecido por los gentiles en todo el mundo. La "mesa del Señor", o altar sacrificial, será el lugar donde se realice esta ofrenda que se corresponde con la Eucaristía ofrecida en la "mesa del Señor" en 1 Cor. 10: 21.

Los paralelismos son sorprendentes: Malaquías hace coincidir dos veces el "sacrificio puro" de los gentiles, con el sacrificio de la "mesa del Señor".

Pablo después usa esta misma terminología para referirse al nuevo sacrificio ofrecido sobre la "mesa del Señor" en la Iglesia. El sacrificio de la Eucaristía en la "mesa del Señor" es comparado con otros bien conocidos sacrificios ofrecidos sobre mesas o altares. Pablo, el perspicaz discípulo del ilustre maestro judío, Gamaliel, no utiliza esta terminología del Antiguo Testamento a la ligera. Sabe que sus lectores comprenden el poder de su terminología sacrificial en lo tocante a la Eucaristía. Parece que Pablo, el brillante maestro de la Torah, entendiera la Eucaristía en términos sacrificiales, ofrecida sobre la "mesa del Señor" como el cumplimiento de Malaquías 1:11. "El paralelismo que Pablo traza entre la participación judía y pagana en sus respectivos sacrificios comiendo la carne de las víctimas y la comunión cristiana con Cristo por medio de la Eucaristía demuestra que él considera la participación en la comida eucarística como una comida sacrificial y ello implica que la propia Eucaristía es un sacrificio." (Jerome Biblical Commentary Edited by Raymond E. Brown, Joseph A. Fitzmyer, and Roland E. Murphy. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1968.)

[9] Por ejemplo, el cristiano del siglo primero, Ignacio de Antioquia, del que la historia nos cuenta que conoció a los apóstoles, escribe, "¡Observad a los que defienden erróneas opiniones referentes a la gracia de Jesucristo que ha venido a nosotros, y ved como ellos se oponen al pensamiento de Dios! No se comprometen en ninguna obra de caridad, ni en relación con viudas ni huérfanos, ni con personas desgraciadas, ni con los que están en prisión ni fuera de ella, ni con los hambrientos o sedientos. De la Eucaristía y la oración se mantienen apartados, porque ellos no confiesan que la Eucaristía es la Carne de nuestro Salvador Jesucristo, que padeció por nuestros pecados, y que el Padre en Su amor sobreabundante lo resucitó de entre los muertos. Y así, los que cuestionan el don de Dios acaban por ser víctimas de sus parcialidades. Les iría mejor si cultivaran la caridad, así tendrían parte en la resurrección [de Cristo]." (Epístola a los habitantes de Esmirna, 6, 7).

[10] Justino Mártir, Diálogo con Trypho el Judío, capítulo 117; tomado de Los Padres anteriores al Concilio de Nicea, 1: 257. Justino afirma de manera muy explícita que la Eucaristía es el sacrificio puro que Dios, por medio del verdadero Mesías, ha sustituido por los del Templo Judío. Defiende que esta es la doctrina universal de la primitiva Iglesia.

Steve Ray, <http://www.catholic-convert.com>
